

de los taramares. Existía allí una pequeña villa, poblada de españoles, llamada Aguilar, y cerca de ella fundó el P. Godino un pueblo de taramares, que se decía Papigochi. Después de algún tiempo de sospechas y ocultas agitaciones entre los indios, por fin, en el mes de Junio de 1650, hallándose el P. Godino en compañía de un soldado español que se decía Fabián Vázquez, vieron venir sobre sí una gran multitud de bárbaros armados. Éstos pegaron fuego a la iglesia que había construido el Padre y a una casita en que él solía vivir. El soldado, cuando se acercaba la multitud, disparó su arcabuz y sacó luego su espada para defenderse a sí y al misionero; pero el P. Godino le exhortó a dejar las armas, pues parecía temeridad usar de ellas un hombre solo contra tanta multitud de bárbaros. «Es llegada la hora de Dios, le dijo tranquilamente, dispongámonos para ella.» Y, efectivamente, encomendándose a Nuestro Señor y poniéndose en manos de la Providencia, fueron sobrecogidos por los bárbaros, que los acribillaron de heridas y los arrastraron por la iglesia. Después de esto los taramares despedazaron los altares, derribaron en tierra las sagradas imágenes, y hecho un espantoso destrozo, huyeron a los montes.

Como era costumbre en casos semejantes, el capitán Guajardo, que mandaba el presidio español de aquellas regiones, reunió al instante sus soldados, persiguió a los culpables, y castigó severamente a los que pudo haber a las manos. Entretanto algunos jesuitas pedían fervorosamente volver al mismo sitio, para restablecer la cristiandad, y entre otros se distinguió en su petición el P. Jácome Antonio Basile, italiano, nacido en Bitonto, que deseaba derramar su sangre por Cristo y sacrificarse por el bien de aquella pobre gentilidad. Fué enviado en 1651 a la villa de Aguilar, y por espacio de un año trabajó incansablemente por restaurar la cristiandad de los taramares. Reconstruyó la iglesia en otro sitio distinto y mejor que el que antes ocupaba; fué reuniendo poco a poco nuevos neófitos, y todo parecía anunciar una próspera florecencia cristiana, cuando de nuevo, por Marzo de 1652, se formó una rebelión de taramares, quienes, precipitándose en el pueblo de Papigochi, acometieron al P. Basile y le sacrificaron sin piedad. Acompañábale un indio intérprete, llamado Felipe; matáronle también, y por burla ahorcaron ambos cadáveres en los dos brazos de una gran cruz que estaba delante de la iglesia (1).

(1) En el tomo *Mexicana. Varia*, se conserva la información jurídica hecha en Du-

La muerte de estos ilustres mártires de Cristo fecundó, como en otras ocasiones, el país bañado con su sangre. La misión de los taramares continuó como antes, y si no llegó a grande prosperidad, por lo menos se mantuvo con el decente concurso que bastaba para conservar algunos pueblos.

8. La última misión establecida en esta época por los Padres de Nueva España, fué la que se llamó de Sonora. Con este nombre designaban nuestros Padres, no precisamente todo el Estado actual de Sonora, sino tan sólo a su parte septentrional, cuyo territorio conocían por entonces hasta cerca del río Gila, que hoy está dentro de los Estados Unidos. El primero en desear establecer misión en estas regiones fué el fervoroso P. Méndez, que por los años de 1635 suspiraba por extenderse a las regiones septentrionales de Sonora (1). Esto no obstante, como ya se hallaba en edad muy avanzada y sentían los Superiores que pronto iba a morir, en vez de permitirle extenderse a nuevas regiones, le procuraron recoger, para que descansase, en casas más acomodadas. Pronto expiró el santo viejo con la muerte de los justos.

La misión de Sonora, que había él deseado establecer, se emprendió con todo fervor en el año 1638, cuando empezó a ser Provincial de Méjico el historiador de estas misiones, P. Andrés Pérez de Rivas. El principal misionero designado para esta obra fué el P. Bartolomé Castaño, quien, cuidando de la tribu de los sisibotaris, al norte de la misión de Mayo, había tenido ocasión de tratar algo con los indios que llamaban entonces sonoras. Entró, pues, a vivir entre estos indios, y, como el P. Rivas entre los hiaquis, dió principio a la cristiandad con el bautismo de los párvulos. Bautizó varios centenares de ellos, empezó a predicar las verdades de la fe, y los indios recibían esta enseñanza con bastante docilidad. En poco tiempo se consiguió mucho, y al año siguiente, 1639, tenía el P. Castaño una cristiandad de cerca de 4.000 indios bautizados. Los distribuyó en varios pueblos, les fué enseñando poco a poco las costumbres cristianas, y en esta tierra se observó que se logró con más rapidez que en ninguna la enmienda del vicio más difícil de corregir entre sal-

rango el año 1654 sobre el martirio de los PP. Godino y Basile. Son 42 páginas en folio. En el Archivo de Indias, 66-6-18, se pueden ver varios documentos enviados al Rey por Diego Guajardo, gobernador de Nueva Vizcaya, sobre la guerra de los taramares. Sobre todo es interesante el *Testimonio sobre las agitaciones belicosas de los taramares, tobosos, conchos y otros indios que quieren acabar con los españoles*.

(1) Véase al P. Rivas, l. VI, es. 18 y 19.

vajes, cual es la borrachera. Cuando escribía su *Historia* el P. Rivas, el año 1644, ya tenía el P. Castaño bien formados tres pueblos, cada uno con su iglesia, y establecidos en ellos más de 1.000 vecinos en cada uno (1). Por falta de operarios no se pudo extender mucho esta misión; pero en 1646, habiendo llegado algunos nuevos refuerzos, se pudo establecer una floreciente cristiandad, dividida en siete partidos, de que cuidaban otros tantos misioneros (2).

9. No dejaremos de notar, como episodio curioso, un plan un poco fantástico que brotó en aquellos años, con la fama de los grandes progresos que hacía la fe en las misiones de la Compañía. Dijose en Méjico, en Puebla y en otras ciudades, que allá en las regiones del Norte se iban estableciendo cristiandades florecientes, que los jesuítas poseían iglesias elegantes, que en Cinaloa tenían para su sustento una estancia con más de 100.000 cabezas de ganado, y, por consiguiente, parecía natural establecer en aquel país un nuevo Obispado, pues se podrían recoger riquísimos diezmos de las haciendas que cultivaban los jesuítas, y que, enseñados por ellos, habían empezado a cultivar los indios. En esta, como en otras ocasiones, la imaginación centuplicó las riquezas de los jesuítas y de los pobres indios. Hízose información de oficio acerca de la verdad de tales noticias en el año 1637 (3). Después de interrogar a otras personas que habían penetrado más o menos en aquellos países, fueron preguntados, naturalmente, los misioneros de la Compañía. Éstos respondieron con sinceridad, que no estaban aquellos pobres indios para sostener el esplendor de un Obispado. Los neófitos eran gente pobrísima; muchos andaban desnudos o a medio vestir. En la misma villa de Cinaloa, las mujeres de los indios se cubrían a medias con ramas de árboles y con pedazos de manta que podían adquirir de los españoles. No era, pues, posible reunir los elementos necesarios para sostener con dignidad un Obispo y una iglesia catedral. Para muestra de la pobreza que padecían estos indios, refieren un hecho muy curioso que acaeció en 1628, cuando visitó aquel país el Sr. Hermosillo, Obispo de Durango. Al administrar a los neófitos el sacramento de la Confirmación, acercábanse a recibirlo muchas indias medio desnudas y mal cubiertas con hojas de árbol o pedazos

(1) *Ibid.*

(2) Véase esta división en el P. Alegre, t. II, pág. 257.

(3) Véase esta información, de donde tomamos los datos que siguen, en Sevilla, Archivo de Indias, 67-3-32. A la información acompañan algunos otros documentos sobre lo mismo.

de manta. Viendo aquella miseria el capitán español, discurrió el arbitrio de que seis soldados españoles, con otras tantas mantas, se colocasen cerca del Sr. Obispo, y cuando se iban llegando las indias para recibir la confirmación, les echaban las mantas sobre los hombros, para que se acercasen decentemente cubiertas a la presencia de Su Ilustrísima. Siendo, pues, tan extrema la pobreza y escasez de aquellos infelices indios, opinan los Padres que no ha llegado la hora de poner Obispado en aquellas regiones.

Eso sí, en medio de tan extremada pobreza, vivían los indios tranquilos al amparo de los españoles y bajo el cuidado solícito de los misioneros, que hacían todo lo posible, primero para instruirles en la fe, y después para acostumarles al trabajo y enseñarles a ganarse la vida con el cultivo del campo. En 1640, por orden del P. Rivas, entonces Provincial, visitó estas misiones, en su nombre, el P. Luis de Bonifaz, y refiriendo a su Superior el estado de aquellas cristiandades, le escribió una carta, en la que debemos recoger algunos pasajes interesantes. Véase lo que decía del estado de aquellas misiones:

«Hoy está tan lucida esta cristiandad, que es para dar muchas gracias a Nuestro Señor, y por acabar yo ahora de hacer la visita de los ríos, puedo, como testigo de vista y como quien lo ha examinado y experimentado y mirado con cuidado, afirmar que es una de las cosas más gloriosas y uno de los mejores empleos que la Compañía tiene. Noté en todos los Padres cuán del todo se estaban dados a su ministerio. Todos predicaron en sus lenguas, con gran expedición dos o tres sermones, y los oyentes, levantados los ojos y atentos al predicador todo el tiempo que duraba el sermón. Sin éste hubo otro ejercicio de la Doctrina cristiana, muy de envidiar, aun por las ciudades de los españoles muy antiguas. Porque a las preguntas de la Doctrina cristiana respondían niños, viejos, hombres y mujeres, salteándolas y por diferentes palabras de las que están en el Catecismo, y respondían a ellas con mucha presteza y sin turbarse. Y no sólo estas preguntas, sino otras muchas que no están en el Catecismo, sino de las que les predicán, esto es, de los lugares que hay debajo de tierra dedicados para castigo de pecados, del fin para que sirven las imágenes en los templos, de lo que ha de hacer el enfermo que se halla en pecado y no tiene copia de confesor, caso que les sucede muchas veces a estas gentes que andan por montes y marinas; algunas cosas de la resurrección de los muertos, del día del juicio, y otras a este modo. Por saber yo algunas de estas lenguas, puedo ser testigo de

lo bien que respondían, y esto en especial en algunas gentes que yo conocí, que nunca vivieron en población, sino por esos campos» (1).

Otras cosas de edificación refiere el P. Bonifaz en su carta, y no omitiremos el acto de penitencia que solían hacer los indios, tomando disciplina en Semana Santa y en otros días de Cuaresma. Por este medio iba progresando nuestra santa fe entre grandes dificultades en aquellas vastísimas regiones, tan separadas de los centros civilizados, sin los elementos más necesarios para la cultura y rodeadas de todas las dificultades que la naturaleza podía ofrecer al celo apostólico.

Terminaremos este capítulo, presentando a nuestros lectores una estadística de las misiones que nuestros Padres sostenían en la provincia de Méjico. La hizo el P. Juan de Burgos, destinándola al Obispo de Durango, para que Su Señoría escribiese al Rey sobre la necesidad de enviar misioneros a Nueva España, para segar las copiosísimas mieses que se veían blanquear en aquellos campos, y que se podían fácilmente recoger, si hubiera brazos y celo apostólico para la obra. En esta petición distribuye el P. Burgos el estado de las misiones en esta forma:

«1. En la provincia de Cinaloa hay las misiones del río de la villa llamado Cinaloa, que contiene la doctrina de la villa, la de Chicorato, Baburia, Nio, Guesane, Mocorito, Tamasula, con sus ministros. 2. Misión del río Carapoa (ahora se llama este río Fuerte, del nombre del fuerte de Montes Claros que se edificó en sus orillas). Hay la doctrina del fuerte de Montes Claros, y otras cinco doctrinas de mucha gente, donde administran religiosos de la Compañía de Jesús.—3. Misión del río Mayo, que tiene seis doctrinas con sus ministros.—4. Misión del río Hiaqui. Son siete doctrinas, con sus ministros. A este río pertenece la nación de los chinipas, rebelada el año de 1631, donde murieron a manos de los bárbaros, por causa de la fe, el P. Julio Pascual y el P. Manuel Martínez, religiosos de nuestra Compañía. Los de esta nación se han ido reduciendo y agregando a los pueblos de los dichos partidos de la misión de Hiaqui, y otros pueblos piden el bautismo y no se les puede acudir por falta de ministros.—5. Misión en el valle de Sonora, que, pocos años ha, todas estas naciones y provincias, que son muy dilatadas y numerosas de indios gentiles, dieron la obediencia a Su Majestad, donde sólo dos Padres administran, y por falta de sujetos no se puede acudir a tan copiosa

(1) Rivas, *Hist. de las misiones*, l. VI, c. 19.

mies y número de gentiles vasallos del Rey Nuestro Señor que piden el bautismo.—6. Misión de la sierra de Topía. Cuatro partidos con cuatro ministros, y a la puerta los gentiles de Bahimoa, que piden el bautismo.—7. Misión de la sierra de San Andrés, de gigimes y acajes. Siete partidos con sus ministros. A esta misión pertenece la sierra de San Ignacio de Aoya, misión nueva de gentiles que se van convirtiendo, y son muchos los que piden el bautismo.—8. Misión de Tepehuanes. Cuatro partidos con sus ministros, entre ellos el de Santa Catalina, que administrándolo yo los años pasados de 1627 y 28, me pedían el bautismo muchos gentiles de aquellas sierras y bajé mucha gente y los bauticé y poblé en el dicho partido y pueblo de Santa Catalina, y por falta de ministros no se ha podido entrar a fundar iglesias y pueblos.—9. Con esta misión confina la misión nueva de taramares, que tiene tres Padres, y son muchos los gentiles que piden el bautismo y no se les puede acudir por falta de ministros.—10. Misión de Parras, que tiene tres partidos, que administran cuatro religiosos, y a la puerta de mucha gentilidad que pide el bautismo.»

Tal es el cuadro de nuestras misiones que nos presenta el P. Burgos en 1640 (1). En los doce siguientes que abarca nuestra narración, progresó bastante la misión de Sonora, y también dió algún fruto la de los taramares. Nada hemos dicho de la de Parras, porque permaneció todos estos años como estacionaria. Finalmente, advertiremos que en la primera mitad del siglo XVII, aunque tal vez pusieron ya los pies nuestros misioneros en el territorio actual de los Estados Unidos, pero no pudieron extenderse por allí hasta muchos años después, cuando en 1680 dieron un poderoso empuje a las misiones septentrionales y llegaron a evangelizar en vastos territorios al norte de la actual República mejicana.

(1) Consérvase este escrito en el Archivo de Indias, 66-5-18.